

LA ASUNCIÓN DE MARÍA Y NUESTRA ESPERANZA

No se habían cumplido aún dos meses desde su elección al pontificado. Todos los católicos estábamos muy atentos a las palabras que en aquellas primeras semanas pronunciaba el nuevo papa.

1. Pues bien, en su audiencia del miércoles 14 de agosto de 1963, Pablo VI se refería a la fiesta de la Asunción de la Virgen María a los cielos. Pedía a los fieles que honraran a María en la gloria, a la que había querido asociarla su divino Hijo.

Le parecía a él que, de esta forma, todos nos sentiríamos autorizados a pedirle que ella, Madre de Cristo y Madre nuestra, hiciera fecunda y abundante de gracias la bendición que recibíamos del papa.

Pablo VI quería dejar bien claro que el culto a Santa María es, en realidad, una introducción y consecuencia del culto único y supremo que debemos a Jesucristo nuestro Señor.

2. El culto a María no puede separarse de la confesión de la obra de Jesucristo. Por eso el Papa añadía una especie de pequeña pero explícita letanía:

- Ese culto es una garantía de nuestra fe en los misterios y en la misión de Jesús.
- Ese culto es expresión y garantía de nuestra adhesión a la Iglesia.
- De hecho, la Iglesia tiene en María a su hija más santa y más hermosa.
- La iglesia encuentra en María su imagen ideal, como escribía san Ambrosio.
- Ese culto a María de Nazaret nos llena de gozo y de esperanza.
- Y nos lleva a imitar a María en sus virtudes, tan sublimes y tan humanas.
- De María aprendemos la virtud de la fe, es la aceptación de la Palabra de Dios, que inicia en nosotros la vida de Cristo.

Finalmente el Papa deseaba para los fieles los mejores dones de Dios y confiaba que les fueran concedidos por intercesión de María.

3. Se cumplen por ahora sesenta años de aquellas palabras que san Pablo VI pronunciaba al iniciar su pontificado.

Aquellas advertencias, tan profundas como sencillas, eran una buena llamada de atención para todos los cristianos, católicos o no.

Es cierto que marcaban una pauta para las reflexiones y orientaciones del Concilio Vaticano II.

Pero también es evidente que siguen siendo muy oportunas para estos tiempos del tercer milenio cristiano.

Que la Asunción de María a los cielos nos lleve a reflexionar sobre su papel en el misterio de la redención del género humano.

Y que esta fiesta nos ayude a reconocer con esperanza el puesto que le corresponde a María en la fe y en el servicio del amor que ha sido confiado a la Iglesia.

José-Román Flecha Andrés